

LA OBSESIÓN DE LA PERFECCIÓN

No tengas miedo de la perfección, nunca la alcanzarás.

Salvador Dalí

Las sombras del alma artística se intensifican en aquellos creadores atrapados en la búsqueda de la perfección. Su arte, sublime e imperecedero, nace del tormento interno: la obsesión por lo inalcanzable y la condena de nunca sentirse satisfechos. En esta sección, “La obsesión de la perfección”, exploramos figuras paradigmáticas cuya entrega absoluta marcó tanto su obra como su vida.

Uno de los casos más reveladores es el del poeta español Juan Ramón Jiménez (1881-1958). Su meticulosidad lo llevó a corregir sus poemas durante décadas, incluso más de mil veces. Ideó un sistema de colores para organizar los cambios, reflejando su incapacidad de considerar una obra como definitiva. Para él, la perfección no era un objetivo alcanzable, sino una persecución constante que lo consumía.

En la música, Johann Sebastian Bach (1685-1720) encarna esa misma entrega. Incluso en su lecho de muerte, al oír que su hijo dejaba una pieza sin concluir, se levantó para completarla. Este gesto simboliza su necesidad de cerrar cada obra, incapaz de tolerar lo inacabado, como si la imperfección fuese una herida abierta en su espíritu.

El arte pictórico también ofrece ejemplos notables. Johannes Vermeer (1632-1675), maestro del detalle y la luz, tardaba años o décadas en terminar una sola pintura. Su precisión extrema y escasa producción lo convirtieron en un artista inigualable. Cada pincelada parecía parte de una batalla interna contra el tiempo y la materia.

Miguel Ángel (1475-1564), a pesar de su genio, dejó muchas esculturas inacabadas, como sus “Esclavos”. El estilo *non finito* reflejaba su lucha con la imposibilidad de concretar su visión ideal. Su obsesión se manifestó aún más en la Capilla Sixtina, cuya ejecución fue casi sobrehumana y marcó profundamente su cuerpo y mente.

Ya en el siglo XX, Salvador Dalí (1904-1989) y Mark Rothko (1903-1970) continuaron esta lucha. Dalí, en *La Última Cena*, buscó una simetría perfecta que representara lo divino. Rothko, en la *Capilla de Texas*, dedicó sus últimos años a plasmar una experiencia mística total. Ambos artistas aspiraban a una pureza que, paradójicamente, los consumía.

A través de estas figuras, comprendemos que la perfección no es un destino, sino una sombra que persigue al creador. Su afán por el detalle absoluto se convierte en una prisión invisible donde la obra jamás se considera terminada. Tal vez, en esa lucha interminable, en esa tensión entre lo posible y lo eterno, se encuentra la esencia del arte inmortal.

